

# CUADERNOS DE HISTORIA 8

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTÓRICAS  
UNIVERSIDAD DE CHILE DICIEMBRE 1988



Alberto Medina Rojas y Eduardo Téllez Lúgaro

FRANCISCO MARTÍNEZ DE VERGARA Y LA CACICA DE CHACABUCO

En Encuentro de Etnohistoriadores, Serie Nuevo Mundo: Cinco Siglos N° 1. Departamento de Ciencias Históricas, Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación, Universidad de Chile, enero 1988, pp. 153 a 193.

Luego de su lectura, he estimado necesario escribir unas líneas para reseñar “un capítulo del mestizaje *aristocrático* en el Chile Colonial”, según reza el subtítulo de este estudio. Primero, Francisco Martínez de Vergara es un genearca de nuestra nacionalidad y, en segundo lugar, estas páginas son un ejemplo de cómo pueden y deben aliarse la genealogía y la etnohistoria para coadyuvar a un mejor conocimiento de la historia social del país, “interrelación que no siempre ha sido captada en profundidad”, como infieren los autores al final del artículo.

Al comienzo se deja bien y documentalmente establecida la ninguna relación entre el principal asociado de Pedro de Valdivia entre 1539 y 1543 y Lucas Martínez Vegazo, con quien no era consanguíneo, como equivocadamente algunos supusieron por la identidad del patronímico “Martínez”. Con datos precisos se desmienten equívocos, en los cuales cayeron sabios tan eminentes como don Tomás Thayer Ojeda o don Crescente Errázuriz, y quienes mucho después de ellos han repetido sin revisión o aumento de las fuentes.

A continuación, se analizan las circunstancias de Francisco Martínez de Vergara y su actuación empresarial en la incipiente formación de la sociedad chilena y su arraigo y consolidación en las finanzas de la recién creada gobernación. Martínez de Vergara “conocía las ventajas que supone el saber administrar económicamente la retaguardia” en una “nación fuertemente dominada por el símbolo militar”. En ese mundo que se despedía de la Edad Media, Valdivia encarnó la faz política y Francisco Martínez la faz económica. El primero fue el Padre de la Patria y el segundo el progenitor de la economía y de la empresa nacional. Este mercader aventurero, esforzado y afortunado, sin armas, obtuvo encomienda, lo que acrecentó su prestigio, y tierras en Colina, principalmente, las que adquirió, amén de una chacra en la Cañada y casas importantes en Santiago, de cuyo Cabildo fue consejal, Fiel Ejecutor, Alguacil Mayor, Procurador y Alcalde Ordinario, además de ser designado Regidor Perpetuo por el Rey Felipe II.

Martínez de Vergara no tuvo descendencia en su legítima mujer peninsular María de Vergara, pero sí la tuvo en la viuda española María González Cabezudo (Luis Núñez de Vergara y Luciana de Vergara), en madre desconocida (Francisco Martínez de Vergara), y en Doña Mariana Pichunlien (Pico de Plata) noble india picunche de Chacabuco, presumiblemente hija del cacique de tal denominación, la que siempre recibió el título de cortesía de cacica y en cuyas tierras Francisco Martínez poseyó encomienda. En ella engendró a Gonzalo Martínez de Vergara, nacido pocos años antes de la muerte de su progenitor.

La figura de este hijo mestizo permite a los autores juzgar la movilidad de una sociedad en formación, caracterizada por una conjunción de rasgos culturales y étnicos que se complementaron y que demuestran una mayor fluidez que aquella con que a priori se la juzga. Esto confirma el sentido de homologación paritaria que la propia legislación hispana contempla y que no fue letra muerta.

Este linaje mestizo, con lustre por ambas sábanas, no sólo por prosapia, que, de ella más podemos presumir que conocer, y méritos indudables, adquiere un mayor enaltecimiento por el matrimonio contraído por Gonzalo con doña Teresa de Ahumada, descendiente por su abolorio de conquistadores, encomenderos, terratenientes, mariscales y gente principal del reino, además de algunos naturales que sirvieron para americanizar la estirpe. A ello hay que añadir que su pariente más famosa fue Santa Teresa de Jesús, hermana de su abuelo Agustín de Ahumada.

Es el mestizaje hispanizado el que prima en la sociedad del Chile de los siglos XVI y XVII, que con sus modos y modas da señorío a esa comunidad nuclear de la nobleza indiana, que se difumina y multiplica en un amasijo constante, para adquirir más blancor de harina que morenez de afrecho. La descendencia de Gonzalo Martínez de Vergara, vasta y pujante, nos llega a muchos y los autores cumplen ampliamente su objetivo de “ilustrar mediante análisis de algunos casos específicos la ligazón que familia señoriales chilenas tienen con nuestro ancestro indígena a través del mestizaje inicial”.

Una amplia bibliografía y anexo documental que transcribe el ilustrativo testamento del Capitán Gonzalo Martínez de Vergara cierran este trabajo que debe ser imitado.

Isidoro Vázquez de Acuña  
Miembro de la Academia Chilena  
de la Historia

Varios autores

VALPARAÍSO, 1536-1986

Ediciones “Altazor”. Viña del Mar, 1987. pp. 198

La vida histórica de los pueblos y ciudades es una forma específica de existencia, con su sello que la hace irreplicable dentro del contexto de las culturas nacionales, Valparaíso la tiene con características inconfundibles. Es ciudad única por su fachada urbanística y por un emplazamiento del todo ajeno a lo que ordenaban las Leyes de Indias y, por eso mismo, tan opuesto a las líneas rectas y connaturalizado con las sinuosidades. Espacio urbano increíble, compuesto de cerros y quebradas que presentan un maravilloso caos de formas y colores que tantas veces ha hecho brotar las más bellas palabras en los poetas. Pero, es único también en el modo de poblarse. La fisonomía de ciudad la fue adquiriendo con gente de diversas procedencias que se daban cita en ella, portando cada cual lo suyo para otorgarle la variedad en que radica su peculiar modo de ser.

Pero es su historia lo que aquí cuenta. Un día “nació allí sencillamente”, sin planificación alguna, cual brote espontáneo a partir de cuatro bodegas y una capilla levantadas en un estrecho pedazo de playa. Por eso, no tuvo acta de fundación en sus orígenes ni un pomposo título ni un escudo que la simbolizara. El puerto se hizo “puerta” o “garganta del reino de Chile” por donde comenzó a fluir la economía del país. Desde entonces Valparaíso fue labrando su historia con una clara vocación por el mar y el comercio.

Su vida llegó a ser dinámica y comercial en el siglo XIX, y su población creció a un ritmo acelerado. Hoy tenemos la impresión de que en cada habitante había un comerciante. En el tendero, en el prestamista, en el armador, había un modo de moverse tras los negocios con un sentido moderno del progreso material que se hacía extensivo a toda la ciudad. La vida porteña competía con la de Santiago y contrastaba con la de las villas del interior, todavía semirurales y lánguidas a mediados del siglo XIX. En un momento, el puerto se hizo rubio—sajón y germano— y las blondas cabelleras otorgaron rostro europeo al cerro Concepción. Chilenos y europeo fueron banqueros, armadores, empresarios que hacían su fortuna apretujados en las dos cuerdas de la Calle del Comercio que seguía el sinuoso, estrecho y bullicioso espacio entre el acantilado y el mar.

El europeo puso su sello al puerto y lo decoró con jardines, levantó iglesias protestantes y editó periódicos en inglés; jugó cricket e introdujo el foot-ball, y Valparaíso llegó a ser un pedazo de Inglaterra. El puerto parecía destinado a llevar la iniciativa en exponer ideas de corte moderno, en montar empresas que en nada se parecían a los negocios tradicionales chilenos, en abrir nuevos